"Te Odio, Amor"

Alejandra León

Capítulo 1

Ernesto había sido lo que Liz más había amado en su vida

Y a quién entregó los mejores años de su juventud,

Su alegría, su energía y su sensualidad sin tapujos ni tabú.

Ahora que ya habían pasado varios años de eso,

Y que la gravedad hacía mella en la lozanía de su cuerpo,

Se enteró de pronto de un secreto:

Que no era la única en el corazón de su Ernesto.

¿Cuántos años habían sido? ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Y por qué? No sabía.

Los detalles sabrosos – morbosos – odiosos – dolorosos,

Se enteraría luego, cuando un raro caso de honestidad compulsa,

Los trajera a la luz un muy mal día.

Aquella era más rubia, más joven, más sexy; quizás más acrobática,

¡Quién sabe porqué su esposo la eligió!

Tal vez sólo era una zorra, intentando que alguien la mantuviera,

Como fuera, su marido fue el cabrón que la deseo.

Liz no quiso confrontarlo, optó por no decir nada;

Y siguió comportándose amorosa y servicial;

Después de 18 años de estar juntos, no valía la pena,

Pues él no sabía que ella sabía, qué había alguien más.

Lo que cambió fue que el despecho se hizo un lugar en su mente,

Y trajo consigo a la rabia, y a la bien disimulada astucia,

La que se enganchó de la venganza y todos juntos tramaron ideas,

Para “hacer las cosas justas” y comenzar esa guerra.

Él no notó nada o no quiso hacerlo,

Ni la comida salada, ni la camisa a medio planchar,

Ni la basta descocida o los calcetines disparejos,

Menos el escupo en la sopa al cenar.

Luego vinieron las pulgas que ella vació en su chaqueta,

Y que de un perro callejero quitó;

Más difícil fue conseguir los cinco piojos, que un día, antes de que él despertara,

Con un discreto “cariño”, en su cabeza metió.

Al llegar él a casa del trabajo, ella lo saludaba

Con un beso y una sonrisa y en los ojos el amor,

Pero cuando le daba la espalda, en su mente se decía:

“Veremos si te ha gustado la sorpresita de hoy”

A su plan siguió la cucaracha en el zapato, las hormigas en la cama,

Pero cuando apareció una laucha, dentro del armario,

Él aburrido de tanto insecto, al fumigador llamó.

Todo esto no bastaba, ella quería más acción,

Por lo que buscó la manera de provocarle una indigestión,

Y se reía a escondidas, mientras él se quejaba en el baño

Por tanta defecación.

Y tuvo nuevas ideas:

Un día que él arreglaba los cables de un enchufe en mal estado,

Ella por un “descuido” la electricidad dio;

A él le quedaron los dedos negros y el cuerpo sacudido,

Por la corriente que lo tomó.

A esto se sumó el martillazo en el dedo

Que ella le dio “sin intención”,

Y las tachuelas en el pasillo y la aguja en el sillón,

Y la escalera que quitó, cuando él en el techo estaba aún.

Por primera vez él dijo: “Distraída y torpe te has vuelto, amor”

Ella le respondió que era el cansancio, pues ya no tenía la juventud.

“Ten más cuidado o me terminarás matando, corazón”

Fue la petición de su esposo, que cada vez más adolorido se sintió.

Pensando en cómo seguir su venganza, sedantes en la comida usó,

A toda costa quería, que él pagara por su traición.

Él empezó a enfermarse, somnoliento y cansado se vio

Y ella le decía: “Trabajas mucho, amor”.

Del sedante, pasó a unas gotas, que discretamente compró,

Acabaría con su vida, acabaría con su amor,

Poco a poco y lentamente, él sufría por su error;

Tanto como ella sufría por el engaño que vivió.

Ya cuando él estaba muy débil, decidió hacerle una confesión,

Y la rubia más joven y sexy, por su casa se apareció.

“Cariño, esta es mi hija, que tuve en mi juventud,

Antes de conocerte y darte mi corazón.

Por ti yo dejé a su madre, y nunca la volví a ver,

Pero ella discretamente, me ha querido conocer.

Espero que tú lo entiendas, yo no te quise contar,

Porque no deseaba que supieras

Que antes de ti hubo alguien más.

Ahora ya puedo irme, ya puedo morir en paz,

Sabiendo que no tengo nada, frente a ti, qué ocultar.”

Liz sin decir palabras, se puso a llorar;

Había envenado a su marido, creyendo saber la verdad.

Lo bueno, es que tuvo arreglo, y no fue tarde ya,

Ella dejó las gotas y él se pudo recuperar.

Esto deja una enseñanza que es bueno recordar:

No es bueno ocultar cosas a quién se dice amar.

Fin.